

La cena de Luis XV!

El mariscal halló á S. M. en el saloncito adonde le habían seguido algunos cortesanos, prefiriendo quedar sin cenar á dejar que las distraídas miradas de su soberano cayesen sobre otros y no sobre ellos.

Pero Luis XV al parecer tenía esa noche más que hacer que mirar á aquellos señores, pues despidió á todos anunciando que no cenaría, ó que si cenaba, lo haría solo. Entonces, viendo todos aquellos huéspedes que los despedían, y temiendo desagradar á Monseñor el Delfín, si no asistían á la función que daba después del ensayo, volaron al punto como una bandada de pichones parásitos dirigiendo su vuelo hacia aquel que les permitían ver, y dispuestos á afirmar que por él se escapaban del salón de S. M.

Luis XV, á quien dejaban con tanta rapidez, estaba lejos de pensar en ellos. En cualquiera otra ocasión se hubiera reído de la pequeñez de toda aquella turba de cortesanos; pero en aquel momento ningún sentimiento se despertó en su alma, á pesar de que era tan burlón que no respetaba ningún achaque en el alma ó en el cuerpo de su mejor amigo, suponiendo que Luis XV hubiese tenido alguna vez amigos.

No, en aquel momento Luis XV tenía puesta toda su atención en una carroza que estaba parada delante de la puerta de las habitaciones de la servidumbre de

Triación, y cuyo cochero parecía aguardar para sacudir con el látigo á los caballos, á que se sintiese dentro de la dorada caja el peso del amo.

Aquella carroza era la de madama Dubarry, y estaba alumbrada por dos hachones. Zamora, sentado en el pescante con el cochero, movía adelante y atrás sus piernas como dos péndulas.

La Dubarry, que sin duda se había detenido en los corredores con la esperanza de recibir allí algún mensaje del rey, apareció al fin asida del brazo del señor de Aiguillon, conociéndose su rabia ó su fastidio en la rapidez con que andaba, porque para no perder la cabeza fingía demasiada resolución.

Juan, con lúgubre rostro y el sombrero aplastado por pura distracción debajo del brazo, seguía á su hermana, pues aunque no había concurrido á aquella función, porque el Delfín se olvidó convidarle, entró á guisa de lacayo en la antesala, tan pensativo por lo menos como Hipólito, dejando que su pechera flotase sobre una chupa bordada de plata, y sin mirar siquiera que llevaba rotos los puños de la camisola, lo cual probaba lo triste de sus pensamientos.

Juan vió que su hermana estaba pálida y asustada, y de esto dedujo que el peligro era grande, porque Juan era valiente en diplomacia contra los cuerpos, pezo nunca contra las fantasmas.

El rey vió desde su ventana y escondido detrás de la cortina desfilar aquella lúgubre procesión, que fué á sepultarse en el carruaje de la condesa como figuras de baraja: enseguida cerróse la portezuela, y el lacayo volvió á subir á la trasera del coche, el cochero sacudió las riendas, y los caballos arrancaron á galope.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo el rey, sin tratar de verme, sin procurar hablarme ! ¡ la condesa está furiosa !

Y repitió en voz alta :

— Sí, ¡ la condesa está furiosa !

Richelieu, que acababa de deslizarse en la cámara como un hombre á quien esperan, cogió estás últimas palabras, y dijo :

— Furiosa, señor, y ¿ por qué ? ¿ porque V. M. se divierte un momento ? ¡ Oh ! la condesa hace mal en eso.

— El caso es, duque, respondió Luis XV, que no me divierto ; al contrario, estoy cansado y trato de reposar, porque la música me enerva. Si hubiese dado oídos á la condesa, hubiera tenido que ir á cenar á Luciennes, es decir, á comer y beber, y los vinos de la condesa son malos ; yo no sé de qué uva están hechos, pero lo cierto es que destrazan el gznate, y lo que es para eso, mejor quiero regalarme aquí.

— V. M. tiene mil razones, dijo el duque.

— Además, la condesa se distraerá ; ¿ soy yo acaso tan buen compañero ? Por más que diga, no lo creo.

— ¡ Ah ! lo que es esta vez no tiene razón V. M., dijo Richelieu.

— Sí la tengo, duque, sí ; cuento mis días y reflexiono.

— Señor, la condesa conoce que de cualquier modo no encontraría mejor sociedad, y por eso se pone furiosa.

— Os aseguro, duque, que no sé cómo vos os arregláis ; pues manejáis á las mujeres como si tuvieseis veinte años. En esa edad, es el hombre quien escoge, pero en la edad que yo tengo, duque.....

— ¿ Qué, señor ?

— Es la mujer quien hace su cálculo.

El mariscal se echó á reir, y dijo :

— Esa es una razón más, señor ; y si V. M. cree que la condesa se distrae, consolémonos nosotros.

— Yo no digo que la condesa se distraiga, duque ; sólo digo que acabará por buscar distracciones.

— ¡ Ah ! no me atrevería á decir á V. M. que esa sea una cosa nunca vista.

El rey se levantó muy agitado, y preguntó :

— ¿ Qué gente tengo ahí ?

— Todos los de servicio, señor.

El rey reflexionó un instante, y luego dijo :

— ¿ Y vos traéis á alguno ?

— Á Rafté.

— Bueno.

— ¿ Qué debe hacer, señor ?

— Duque, convendría que se informase si madama Dubarry vuelve realmente á Luciennes.

— Me parece que la condesa se ha marchado.

— Ostensiblemente, sí.

— Pero, ¿ dónde quiere V. M. que vaya ?

— ¿ Quién sabe ? Los celos la vuelven loca, duque.

— Señor, no sea más bien V. M.

— ¿ Cómo ! ¿ quién ?

— El celoso.

— ¡ Duque !

— Y en verdad que eso sería humillante para todos nosotros, señor.

— ¡ Yo celoso ! exclamó Luis XV con una sonrisa forzada ; ¿ habláis seriamente, duque ?

En efecto, Richelieu no lo creía, y hasta debemos confesar que se acercaba mucho á la verdad pensando, por el contrario, que el rey sólo deseaba saber si madama Dubarry estaba realmente en Luciennes con el fin de estar seguro de que no volvería á Trianón.

— ¿ Conque debo enviar á Rafté de explorador ? dijo al rey.

— Envíalo, duque

— Y ahora, ¿qué piensa hacer V. M. antes de cenar?

— Nada, porque vamos á cenar en seguida. ¿Está prevenida la persona en cuestión?

— Sí, señor; está en la antecámara de V. M.

— ¿Qué ha dicho?

— Que os daba las más expresivas gracias.

— ¿Y la hija?

— Aun no se le ha hablado.

— Duque, la condesa está celosa y puede volver.

— ¡Ah! señor, eso sería de muy mal gusto, y creo que la condesa es incapaz de cometer semejante disparate.

— Duque, cuando está así es capaz de todo, y especialmente cuando el odio se junta á los celos. ¿No sé si estáis enterado de que os aborrece?

Richelieu hizo una inclinación.

— Sé que me dispensa esa honra, señor.

— También aborrece á Taverney.

— Si V. M. tuviese la bondad de contar bien, estoy seguro de que habría otra persona á quien aborrece mucho más que á mí y al barón.

— ¿Quién es?

— La señorita Andrea.

— ¡Ah! dijo el rey, y lo encuentro muy natural.

— Entonces.....

— Sí: pero esto no quita, duque, que cuidemos de que la condesa no dé un escándalo esta noche.

— Todo lo contrario, y eso prueba lo necesario que es tomar esa medida.

— Silencio, que viene ahí el mayordomo mayor; dad las órdenes oportunas á Rafté, y venid á reuniros conmigo en el comedor con la persona consabida.

Luis XV se levantó y pasó al comedor, mientras que Richelieu salió por la puerta opuesta.

Al cabo de cinco minutos fué á reunirse con el rey en compañía del barón.

El monarca dió á Taverney las buenas noches con amabilidad.

El barón era hombre de talento, de suerte que res-pondió de ese modo peculiar á ciertas gentes, y que hace que los reyes y príncipes los reconozcan por de su sociedad, tratándolos al momento con llaneza.

Sentáronse los tres á la mesa y se pusieron á cenar.

Luis XV era mal rey, pero un hombre encantador, y su compañía, cuando se le antojaba, estaba llena de atractivo para los bebedores, los amigos de hablar y los voluptuosos.

En fin, el rey había estudiado no poco la vida bajo el aspecto agradable.

Comió con buen apetito, mandó que se echase de beber á sus convidados, y entabló la conversación sobre música.

Richelieu se aprovechó de la ocasión, diciendo:

— Señor, si la música pone á los hombres de acuerdo, como dice nuestro bastonero, y como piensa, según parece, V. M., ¿se puede decir otro tanto de las mujeres?

— ¡Oh! duque, no hablemos de las mujeres, dijo el rey. Desde la guerra de Troya hasta nuestros días las mujeres han operado siempre un efecto contrario á la música; especialmente vos tenéis grandes cuentas que arreglar con ellas para suscitar semejante conversación, y hay una entre otras, y no es la menos peligrosa, que está á matar con vos.

— La condesa, señor; ¿y es culpa mía

— Sin duda.

— ¡Pues me gusta! Supongo que V. M. se dignará explicarme.....

— En dos palabras y con el mayor placer, respondió el rey en tono chancero.

— Os escucho, señor.

— ¡Cómo! ¿os ofrece la cartera de no sé qué ministerio, y vos la rehusáis diciendo que la condesa no es nada popular?

— ¡Yo? replicó Richelieu bastante embarazado con el giro que tomaba la conversación.

— ¡Diantre! esa es la voz que corre, repuso el rey con esa fingida naturalidad que le era peculiar. Yo no me acuerdo ya quién me lo ha contado... puede que lo haya leído en la Gaceta.

— Pues bien, señor, dijo Richelieu aprovechándose de la libertad que daba á sus convidados la jovialidad poco ordinaria de su augusto huésped; confieso que en esta ocasión la voz pública y aun las gacetas han dicho alguna cosa menos absurda de lo que acostumbraban.

— ¡Cómo! exclamó Luis XV. ¿Conque habéis rehusado real y verdaderamente un ministerio, querido duque?

Como conocerán nuestros lectores, Richelieu se hallaba en una posición delicada. El rey sabía mejor que nadie que no había rehusado semejante ministerio; pero Taverney debía seguir en la persuasión de lo que Richelieu le había dicho, y por consiguiente necesitaba el duque responder con bastante destreza para libertarse de la broma del rey sin exponerse á que el barón le acusase de embustero, como parecía dispuesto ya á hacerlo según indicaba su sonrisa.

— Señor, dijo Richelieu, os suplico que no nos paremos en los efectos, sino en la causa. Que haya yo rehusado ó no la cartera, ese es un secreto de Estado que V. M. no está obligado á divulgar en medio de los

vasos; lo esencial es la causa por la que hubiera yo rehusado la cartera si se me hubiese ofrecido.

— ¡Oh! oh! duque, dijo el rey riendo, y esa causa, al parecer, no es un secreto de Estado.

— No, señor, y especialmente para V. M., quien en este momento es para mí y para mi amigo el barón de Taverney, con perdón sea dicho de la Divinidad, el más amable Anfitrión mortal que darse pueda; por consiguiente no tengo secretos para mi rey, y le franqueo cuanto encierra mi alma, porque sentiría se dijese que el rey de Francia no tiene un servidor que le diga la verdad.

— Oigamos, pues la verdad, duque, dijo el rey, mientras que Taverney, bastante inquieto porque temía que Richelieu dijese demasiado, se mordía los labios y arreglaba escrupulosamente su semblante por el del rey.

— Señor, en vuestro Estado hay dos poderes á que debe obedecer un ministro: el primero es vuestra voluntad, y el segundo la de los amigos íntimos que V. M. se digna escoger: el primer poder es irresistible, y nadie debe pensar en sustraerse á él; el segundo es aun más sagrado, porque impone deberes de corazón á cualquiera que os sirve. Ese poder se llama vuestra confianza, y un ministro debe amar, si ha de obedecerle, al favorito ó favorita de su rey.

El rey se echó á reír y dijo:

— Duque, esa es una máxima muy buena, y me alegro mucho que salga de vuestra boca; ¿pero á que no vais á pregonarla con dos trompetas en el Puente Nuevo?

— ¡Oh! ya sé, dijo Richelieu, que los filósofos tomarían al instante las armas; pero creo que ni á V. M. ni á mí nos importan mucho sus gritos; lo principal es que las dos voluntades preponderantes del

reino queden satisfechas. Pues bien, señor, la voluntad de cierta persona, lo digo con valor á V. M. y lo diría aunque debiera causar mi desgracia, esto es, mi muerte, la voluntad de la condesa de Dubarry, en fin, es tal que no suscribiría á ella.

Luis XV nada replicó.

— Me ha ocurrido una idea, prosiguió Richelieu; el otro día miraba en torno mío en la corte de V. M., y de veras digo que al ver tantas jóvenes bonitas y nobles, tantas señoras radiantes de belleza, si hubiera sido rey casi me habría sido imposible escoger.

Luis XV se volvió hacia Taverney, quien viendo que poco á poco se entraba en materia, palpitaba de temor y esperanza, al mismo tiempo que animaba con la vista y el aliento la elocuencia del mariscal, como si empujara hacia el puerto el buque en que fuera su fortuna.

— Veamos vuestro modo de pensar, barón, dijo el rey.

— Señor, respondió Taverney con el corazón inflamado de orgullo, me parece que el duque está diciendo á V. M. excelentes cosas.

— ¿Es decir, que pensáis como él acerca de las jóvenes bonitas?

— Creo, señor, que efectivamente las hay muy bellas en la corte de Francia.

— ¿Conque sois de su mismo dictamen, barón?

— Sí, señor.

— ¿Y me exhortáis como él á que escoja entre las bellas de la corte?

— Me atrevería á confesar que pienso lo mismo que el duque, si creyese, señor, que ese es el parecer de V. M.

Al llegar aquí hubo un momento de silencio, durante

el cual miró el monarca á Taverney complacido en extremo.

— Señores, dijo en seguida, si tuviera treinta años, seguiría á no dudar vuestro dictamen, porque entonces sería fácil de comprender en mi cualquiera inclinación; pero ya soy algo viejo para ser crédulo.

— ¡Crédulo! os suplico que me expliquéis esa palabra, señor.

— Ser crédulo, mi querido duque, significa creer, y nadie me hará creer ciertas cosas.

— ¡Cuáles!

— El que á mi edad se pueda inspirar amor.

— ¡Ah! señor, exclamó Richelieu, hasta este momento había tenido á V. M. por el caballero más cortés de su reino, pero veo con el más profundo dolor que me he engañado.

— ¿Por qué os habéis engañado? preguntó Luis XV riendo,

— Porque yo soy viejo como Matusalén... yo nací en el año de 91 y tengo diez y seis años más que V. M... pensadlo bien.

Esta adulación de parte del duque era muy diestra. Luis XV admiraba mucho la larga vida de aquel hombre que había matado tanta juventud á su servicio, porque, teniendo á la vista aquel ejemplo, podía esperar que llegaría á la misma edad que él.

— Sea así, dijo Luis XV; ¿pero supongo, duque, que ya no tendréis esa pretensión de ser amado por vuestro mérito?

— Si tal creyese, señor, me indispondría al punto con dos mujeres que esta misma mañana me han dicho lo contrario.

— Pues bien, duque, dijo el rey, ya veremos; ya veremos, señor de Taverney; las jóvenes rejuvenecen á los viejos, es verdad...

— Sí, sí, señor; y la sangre noble es una saludable infusión, sin contar que, en el cambio, un talento tan rico como el de V. M. siempre gana y nunca pierde.

— Sin embargo, observó Luis XV, recuerdo que cuando mi abuelo llegó á viejo no cortejó á las mujeres con el mismo atrevimiento.

— ¡Vamos, vamos, señor! dijo Richelieu. V. M. sabe bien todo mi respeto hacia el difunto rey, que me ha encerrado dos veces en la Bastilla; pero eso no me impedirá decir que entre la edad madura de Luis XIV y la de Luis XV no cabe comparación. ¡Qué diablo! Aunque V. M. Cristianísima honra su título de hijo mayor de la Iglesia, no lleva su ascetismo hasta el punto de olvidar su humanidad.

— ¡Á fe mía que no! Lo confieso francamente, dijo Luis XV; puesto que no tengo aquí ni á mi médico ni á mi confesor.

— Pues bien, señor; el rey vuestro abuelo pasmaba muchas veces, con su excesivo celo religioso y con sus innumerables mortificaciones, á madama de Maintenón, á pesar de que tenía más edad que él. Vuelvo á repetirlo, señor, ¿cabe comparación entre hombre y hombre hablando de Vuestras dos Majestades?

El rey aquella noche estaba de numen, y las palabras de Richelieu eran otras tantas gotas de agua desprendidas de la fuente de Juvencio.

Richelieu pensó que ya había llegado el momento oportuno, y tocó con la rodilla á Taverney.

— Señor, dijo éste, ¿me permite V. M. que le dé las más expresivas gracias por el magnífico regalo que ha hecho á mi hija?

— La cosa nó lo merece, barón, dijo el rey; la señorita de Taverney me gusta, porque en su rostro están grabados el pudor y la gracia. Quisiera que mis hijas tuviesen que tomar aun alguna dama á su servi-

cio, porque de seguro la señorita Andrea... así se llama, ¿no es verdad?

— En efecto, señor, dijo Taverney enajenado de gozo al ver que el rey sabía el nombre de pila de su hija.

— ¡Bonito nombre! Decía que de seguro sería la señorita Andrea la primera que se hallase en lista; pero todos los puestos están ocupados en mi cámara. Entretanto sabed, barón, que esa joven puede contar con mi protección; según creo, ¿no tiene muy buena dote?

— ¡Ah! no, señor.

— Pues bien, yo me ocuparé de buscarle un buen novio.

Taverney hizo un humilde saludo.

— Solo V. M. podrá encontrarlo, porque confieso que en nuestra pobreza, que casi raya en miseria...

— Sí, sí, descuidad sobre eso, dijo Luis XV; pero me parece muy joven y eso no urge aun.

— Urge tanto menos, señor, cuanto que V. M. tiene horror á los matrimonios.

— ¿Lo veis? dijo Luis XV frotándose las manos y mirando á Richelieu. Pues bien, en todo caso, si os veis apurado, señor de Taverney, escogedme á mí por novio.

Dicho esto se levantó Luis XV, y dirigiéndose al duque, le dijo:

— Mariscal.

El duque se acercó al rey

— ¿Ha quedado contenta la chica?

— ¿Con qué, señor?

— Con el cofrecito.

— Perdóneme V. M. si le hablo bajo, pues el padre está escuchando, y no conviene que oiga lo que voy á decirlos.

— ¡ Bah !

— No.

— Pues bien, decid.

— Señor, la chica odia el casamiento, es verdad, pero estoy seguro de una cosa, y es que V. M. no le causa horror.

Y dicho esto con una familiaridad que gustó al rey por el exceso mismo de la franqueza, el mariscal corrió á donde estaba Taverney, quien por respeto se había retirado al umbral de la galería.

Los dos se dirigieron á los jardines.

La noche estaba magnífica ; dos lacayos iban delante de ellos, llevando blandones en una mano y separando con la otra las floridas ramas de los arbustos ; y aun se veían las ventanas de Trianón iluminadas por dentro y empañadas con el aliento inflamado de las cincuenta personas que había convidado la Delfina.

La música de S. M. animaba el minué, porque después de la cena se había bailado y bailaba todavía.

En un frondoso grupo de lilas y abedules, Gilberto arrodillado en el suelo miraba el movimiento de las sombras detrás de las diáfanas tapicerías.

Aunque el cielo se hubiese venido abajo no hubiera sacado de su contemplación á aquel joyen, embriagado con la hermosura á quien perseguía en los movimientos del baile.

Sin embargo, cuando Richelieu y Taverney pasaron rozando por el bosquecillo en que estaba escondido aquel pájaro nocturno, el sonido de su voz y sobre todo cierta palabra hicieron levantar la cabeza á Gilberto.

Es verdad que aquella palabra era muy importante y significativa para él.

El mariscal, apoyado en el brazo de su amigo, y hablándole al oído, decía :

— Mirándolo bien, barón, es duro tener que confe-

sarlo, pero es preciso enviar á tu hija á un convento, y pronto.

— ¡ Por qué ? preguntó el barón.

— Porque apuesto á que el rey, respondió el mariscal, está perdidamente enamorado de tu hija.

Al oír Gilberto estas palabras se puso más pálido que las blancas flores que caían á manera de copos de nieve sobre su frente y sus hombros.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1425 MONTERREY, MEXICO